

## CAPÍTULO III.

*Eleccion de las tertulias.*

QUEM quisiera escapar del consorcio de todos los réprobos, correria riesgo de vivir solo. Puede uno quedarse en casa para no enlodarse los zapatos; pero de esta suerte tal vez se priva de un paseo útil y delicioso. Por tanto, no siéndonos posible crear hombres perfectos, será el mejor consejo aumentar la fuerza de la propia virtud en el grado que causaria la irritabilidad contra los vicios de otros. Decir que no debemos ser renuentes á enlodarnos el calzado para procurarnos un paseo, no es decir que debamos meternos en el fango hasta los ojos y con peligro de rompernos una pierna: pues por analogía, dígase lo mismo de las tertulias.

Dejando aparte los extremos, aconsejaremos al jóven, que debe ser mas reservado que los adultos y los viejos; porque careciendo de su esperiencia, puede ser prendido en aquellos lazos que los otros sabrian despedazar fácilmente.

Ademas, el crédito de los adultos y los viejos está ya formado; son conocidas sus buenas cualidades, y un hábito acreditado por muchos hechos responde de toda apariencia dudosa. Al contrario

el jóven debe todavía hacer hacer esta buena opinion en el ánimo de los demás y pocas veces es erróneo el juicio que ellos se forman de nosotros cuando nos juzgan por las personas que frecuentamos; siendo preciso observar, que su vanidad les prohíbe cambiar fácilmente su primera opinion, ora sea falsa ó verdadera. Así, aunque no todavía muy instruido, el jóven obtendrá mayores grados de estimacion, si corre la voz de que gusta conversar con personas de mérito y que disfruta su confianza. La conversacion con bailarinas, cómicas y otras personas de una fé dudosa y mucho mas con las notoriamente perversas, mancha la reputacion de cualquiera, á la manera que los perros sucios empuercan á los que les hacen mas caricias.

Todos aconsejan á los jóvenes de no encontrarse en las tertulias donde haya juegos de azar; porque cualquiera que sea su resolucion, acaban por caer en la tentacion y arruinarse: ceden á las sugestiones y al ejemplo de otros, al temor de que se les tenga por mezquinos, medrosos, viles ó esclavos de la voluntad paterna: ceden al deseo de volverse prontamente ricos, deseo que se inflama prontamente y prende en llamas á la vista del oro.

La *pasion* del juego, principalmente si este es de azar, produce los siguientes daños.

1.º *Pérdida de la felicidad individual.* Las vicisitudes del juego, aun cuando sean favorables, escitan commociones tan rápidas y vehementes que



confinan con el dolor. Pero estas conmociones regularmente son siniestras, porque la mayor parte de los jugadores pierden. Además, el anhelo por el oro, que en vez de saciarse, crece con las ganancias y es atormentado por las pérdidas, es una gangrena que roe el ánimo del jugador y una llama sutil que lo devora. No hay que tomar en cuenta los suicidios producidos por las pérdidas al juego.

2º *Pérdida de la salud*; y esta es una consecuencia del indicado estado del ánimo. En efecto, bajo la acción repetida del juego se desenvuelve un carácter irascible y una viciosa energía de sensibilidad que daña en extremo á la máquina corpórea; por esto la mayor parte de los jugadores son decrepitos á los cuarenta años.

3º *Pérdida de los haberes*. Por un jugador enriquecido en el juego, pueden contarse ciento arruinados.

4º *Pérdida de la fama*. Ciceron, para desacreditar á los jueces de Clodio, los comparó á los que frecuentan los juegos. Aunque no todos los jugadores sean personas infames, sin embargo, no dejan la mayor parte de ser reprecensibles, porque se esponen al peligro de volverse tales. Ninguno dá su hija por esposa á un jugador; ninguno lo acepta por compañero en una empresa; ninguno se precia de tenerlo por amigo; nadie lo querría por amo; y todo padre prohíbe á sus hijos su amistad y compañía, y les aconseja le huyan como á la peste.

5º *Pérdida de la sensibilidad hácia los placeres morales e intelectuales*. A la manera que las personas habituadas al uso del rapé muy fuerte se vuelven insensibles á los suaves esfuivios del clavel y la rosa, así los que se han habituado á las enérgicas conmociones del juego, se hacen insensibles á los placeres de la comedia, de la tragedia, de la pintura y de las otras bellas artes; por esto, los momentos que no emplean los jugadores en el juego son para ellos un verdadero suplicio y un cruel aburrimiento. El juego aumenta la necesidad de sentir, y disminuye el poder de satisfacerla.

El jugador se espone al riesgo de perder, y tal vez se priva del único dinero que le era muy necesario para la subsistencia de los hijos y la muger; la infeliz suerte de éstos le causa menos impresion que la comezon de jugar: ¿en qué punto será sensible su ánimo á sus inocentes caricias?

Un jóven dado al juego, huye de la compañía de sus padres, desdeña sus sosegados placeres, desprecia sus consejos, amarga los pocos instantes de su vida, se vuelve ladron doméstico; y tal vez los deshonra con acciones que le acarrear la prision ó el grillete.

6º *Pérdida del sentido comun*. Todo jugador desatina, como lo hace el vulgo, cuando deduce de los sueños los números futuros de la lotería. La habitud de tomar por norma de sus juicios las relaciones fantásticas de las cosas, destruye la de



consultar las relaciones efectivas, constantes y racionales. Un jugador no se avergonzará de atribuir su pérdida á la caja de polvos; otro á la presencia de un enemigo; algunos no juegan sino con dinero tomado á préstamo, como preservativo contra la suerte; otros destinan parte de las ganancias para obras de piedad, como prenda de utilidad, &c.

La idea de ganancia cuando se fija largo tiempo en una cabeza débil, ardiente, subyugada por vanas combinaciones, convierte la duda en certidumbre, y hace mirar como infalible lo que desea con fervor. La ilusion es tan fuerte, que no se destruye ni con la esperiencia de las pérdidas, y á pesar de ellas, renace y se resfuerza.

Los ánimos fuertemente agitados, dice Tácito, se inclinan á la supersticion, esto es, reconocen la causa de sus desventuras en cosas ó palabras incapaces de producirlas; y por esto las invocan ó maldicen, esperan de ellas ó temen. La *fortuna*, nombre vacío de sentido, obra sobre el ánimo de los jugadores, como si fuese un ente real; y se le atribuyen las ganancias ó pérdidas. *La fortuna es un concurso de causas desconocidas, donde todo lo hace la temeridad y nada la prudencia.*

Segun el dicho del padre Lafiteau, nuestros salvages de América se preparan para el juego con ayunos austeros, como queriendo interesar á la Divinidad en el buen resultado de sus necios é injustos deseos.

Despues de estas reflexiones es casi inútil observar que en el juego se pierde todo sentimiento de decencia y de nobles maneras. El jugador se vuelve grosero, villano, ordinario, cáustico, mordaz; no tiene consideracion ni á las qualidades de otros ni á sus derechos; ofende el amor propio de otro, y hace traicion á los sentimientos del propio ánimo.

Volvamos á nuestro asunto. Despues de la fama de honestas y decentes las tertulias, el jóven preferirá aquellas en que haya mayor libertad. Como el placer es de índole tan melindrosa, que no siempre se presenta á las señales del deseo, y huye rápidamente cuando ve un lazo, aunque tejido de rosas, ni observa la regla del tiempo y del lugar, ni sonríe á todos los discursos; por esto es de aconsejarse al jóven que se aleje de aquellas concurrencias donde deba dar razon de por qué no vino á tal hora, por qué marcha antes de lo acostumbrado, donde debe sentarse en lugar que no le agrada, presentarse con cierto ostentoso vestido que no le conviene, y amoldarse irremisiblemente á las maneras de otro, de modo que deponga en el umbral su carácter nativo para volverlo á tomar cuando salga. Huya de estas reuniones, porque el ritual esactísimo de las ceremonias, los cumplidos, las reverencias y demas gesticulaciones se interponen entre los corazones que corren á ponerse en contacto; y ora repelidos los sentimientos por el orgullo de otro, ora humillados por los títulos y distinciones, ó reprimi-



dos por el aire imperioso del mando, ó atados por ineptos deberes, no pueden correr rápidamente como una chispa eléctrica y propagarse por toda la concurrencia, disipándose la alegría y el placer para ser reemplazados por el mortal tirano del enfado.

Mas el jóven no escusará la conversacion de las mugeres honestas; porque solamente en su compañía aprenderá á templar la efervescencia de la edad, á ennoblecer con gracia sus maneras, á plegar sus movimientos con aire, la placibilidad del discurso sin vileza, la modestia sin timidez, el valor sin ímpetu, el brio que sabe respetar la decencia, la alegría que no se vuelve desatentada, aquellas finas atenciones que previenen los deseos sin manifestar ocuparse de ellas, y aquel libre y cordial conversar que no degenera en confianza temeraria y plebeya.

Swift atribuye la decadencia de la conversacion en Inglaterra, á la exclusion de las mugeres; de aquí nació una familiaridad ordinaria que lleva el título de alegría y libertad inocente; "hábito dañoso, " dice, en nuestros climas del Norte, donde la poca " finura y decencia que tenemos se ha introducido " de contrabando, por decirlo así, y contra la inclinacion natural que nos impele continuamente á " la barbarie y solo se mantiene por artificio."



## CAPÍTULO IV.

1º *Asuntos de las conversaciones en tertulia.*

CUALQUIER argumento, ya frívolo ó grave, bajo ó sublime, serio ó chistoso, puede ser propio de la conversacion, con tal que agrade á los concurrentes y no ofenda la moral.

Los poetas satíricos han querido sobre esto establecer límites muy estrechos. Así es que: 1º ponen en ridículo las preguntas relativas á la *salud*, como si ella no fuera el objeto mas interesante para los hombres y no valiera una buena digestion por cien años de inmortalidad. 2º No quieren que se hable del *tiempo*, como si las vicisitudes de las estaciones no influyeran sobre el estado fisico y moral de la especie humana, sobre los productos del campo, sobre el curso del comercio, y no pocas veces sobre los pensamientos de los hombres grandes y pequeños; y como si no estuviesen ocupados diariamente los fisicos en observar su curso progresivo, retrógrado é irregular. 3º Algun poeta se burla, porque en las conversaciones se suela hablar de artes y comercio, de paz y guerra, de gobierno y política, y pretende luego que seria mejor ocuparse de los satélites de Júpiter y del anillo de Saturno.